

MENSAJE A LA JUVENTUD DOMINICANA

Por el Dr. Jaime A. Viñas román
RECTOR,

UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Plasmar un mensaje como el que hoy nos ocupa, lejos de ser un hábito ritual, constituye para cualquier educador algo así como un estimulante refrigerio a lo largo de su ruta trabajadora. Poder este año entregar un mensaje a la juventud estudiosa del país tiene, sin duda alguna, ese carácter de pausa vigorizante para quienes decidimos una vez dedicar nuestra vida a la ingente tarea de la formación de las nuevas generaciones, precisamente porque levanta señaladamente nuestra fe y nuestra esperanza en esos jóvenes a quienes deberemos entregar la responsabilidad abrumadora de conducir el mundo hacia el futuro que ya muchos de nosotros no veremos y que ha de quedar en las manos de ellos.

Digo que es estimulante y esperanzador poder escribir este mensaje sencillo porque, contrario a las pesimistas apreciaciones de algunos profetas del desastre que ven en la juventud de nuestros días el final de los valores que sustentaron nuestra herencia cultural en el pasado, en la UNPHU nos percatamos de que los jóvenes que continuarán nuestra misión ciudadana y profesional no son todos ese desastre destructor y funesto, sino que el aprecio del trabajo y del estudio sigue siendo flor autóctona en los terrenos de la juventud.

La fuerza y la vitalidad, así como el entusiasmo alegre y los altos ideales, fueron siempre la característica rica y compleja de los jóvenes, y nos resulta inmensamente grato percibir que la misma sigue muy viva y actual, a pesar de las tragedias que intentan corromper a las jóvenes generaciones con atractivos mortales. Los que hoy están dedicados, sería y sufridamente, al estudio y al trabajo académico en las universidades del país, contradicen estas ominosas amenazas de destrucción en una forma muy elocuente, y nos causa gran satisfacción reconocerlo y felicitarles por ello.

Las altas cumbres, las empresas dificultosas, los peligros que ponen a prueba la destreza y la fuerza física, los actos heroicos que exigen esfuerzos sobrehumanos, las hazañas colmadas de obstáculos y todo lo que exige superación del potencial mental y físico del ser humano, han sido siempre el reto codiciado por los verdaderamente jóvenes. En la vida estudiantil, es preciso señalarlo, tales aspiraciones heroicas tienen un campo amplísimo para su realización. Más que la fuerza necesaria para ejecutar una hazaña novedosa y difícil en un momento dado, la constancia en el trabajo, la dedicación cotidiana a la responsabilidad del estudio, y el rechazo de toda distracción que pueda disminuir su eficacia, son esfuerzos supremos que solamente son capaces de ejecutar los muy fuertes y los más valientes.

El héroe de un momento, levantado a la cima de la celebridad por un movimiento tal vez primitivo y emocional ante una circunstancia repentina, jamás deberá ejercitar tanto esfuerzo como el que exige un cumplimiento continuo, exacto y brillante del deber cotidiano simple y callado. Es esto último lo que, a fin de cuentas, distingue la vida del estudiante en general, y muy especialmente del estudiante universitario.

Es ése el valor y la significación del estudio intenso organizado, de la integración fiel y dedicada de la persona al plan de estudio de su institución, la satisfacción de los deberes de cada día relacionados con los programas académicos y demás actividades estudiantiles, la participación en los diversos aspectos de la vida universitaria con espíritu de colaboración y de genuino interés comunitario, la fidelidad a las normas de la cortesía, servicio y consideración que la vida cotidiana pide cuando en compañía de otros se estudia, se trabaja y se vive; la interacción cordial y respetuosa con los profesores y el trato amable y apropiado con los compañeros, así como la valerosa decisión de rechazar todo lo que pone en peligro la estabilidad emocional y el rendimiento propio en los estudios. Es difícil pensar en tarea más ardua que ésta, ni más propia para ejercitar las energías entusiasta del joven.

Por esas razones, al dirigirles este mensaje con motivo del advenimiento del nuevo año 1986, quiero destacar de manera notoria la mayor preocupación que como educador ha surgido en mi mente, durante el año recién finalizado, ocasionándome profundas inquietudes. Esa preocupación la hemos sentido como una responsabilidad que no podemos eludir y que debemos transmitir en este mensaje a las generaciones jóvenes.

Me refiero a uno de los problemas humanos y males sociales que aquejan y afectan a toda nuestra sociedad, y, a diversos grados, a nuestra vida institucional en general como nación. Me refiero a la mediocridad, mal de nuestra vida cotidiana que nos ha penetrado, llegando al extremo de que estamos acostumbrándonos tanto a ella que la percibimos como algo natural de nuestras acciones diarias. Mediocridad es aquella cualidad que responde a un esfuerzo menor del que la persona está capacitada para ejercer. Es ser lo menos bueno, pudiendo ser mejor, resultado frecuente de la indiferencia, la pereza, voluntad débil, ausencia de una sana ambición de crecimiento, objetivos y metas limitadas cuando habría potencial para las más altas. Es cumplir con lo escuetamente obligatorio olvidando dar un paso más allá; es la ruinaria satisfacción con lo limitado, el desánimo en el camino de la excelencia, la pobreza y la cortedad de miras. Mediocre es quien pudo ir más lejos, pero se contentó con permanecer en el límite fácil de lo obligatorio.

La mediocridad, jóvenes universitarios del país, es la actitud más peligrosa posible para el crecimiento humano o institucional, ya que mantiene frentes sumamente frágiles ante los ataques de toda invitación a la caída, a la irresponsabilidad, a la corrupción, a las ambiciones, a la inmoralidad, y a todas las manifestaciones de decadencia que lamentablemente reducen las energías de individuos y de naciones, hasta llevarlos a un punto sin retroceso posible. Estamos convencidos de que los grandes males que nos aquejan como nación son en su mayor parte frutos de una mediocridad que podríamos llamar institucionalizada. Nos estamos mediocrizando como pueblo hasta el punto de ver a los mediocres como ejemplos de imitación y emulación. Y esto, juventud universitaria dominicana, es un signo grave que ustedes deben combatir hasta desterrar de nuestra sociedad tan funesto indicador.

Mi mensaje concluye invitándoles a unirse como un sólo haz para luchar, con el ímpetu del que sólo es capaz la juventud fuerte y decidida, en contra de la mediocridad donde quiera que la encuentren a su paso, comenzando por sus propias vidas y su propia labor estudiantil y ciudadana. No cabe otra postura lógica, para el que es joven y fuerte, que no sea la del reto que en 1986 debemos todos juntos afrontar. Sólo los valientes y fuertes de espíritu serán capaces de responder a esta lucha contra la mediocridad en nuestro país.